

MANUEL  
VICUÑA

~

*Una historia posible*



HUEDERS

*Una historia posible*

Manuel Vicuña

© Editorial Hueders

Primera edición: mayo de 2022

ISBN: 978-956-365-251-2

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser  
reproducida sin la autorización de los editores.

Diseño de interior y cubierta: Constanza Diez

Imagen de portada: Paula de Solminihac

HUEDERS 

[www.hueders.cl](http://www.hueders.cl) | [contacto@hueders.cl](mailto:contacto@hueders.cl)

SANTIAGO DE CHILE

“Hilamos laberintos  
de incansables pensamientos”

SUSAN HOWE

## LO FINITO

Siempre me han intrigado las personas que desaparecen de la noche a la mañana, cambian de identidad, cambian de nombre, y viven como prófugos de su pasado, en cabinas perdidas en caminos secundarios, en pueblos mineros al borde del abandono, en campamentos de casas rodantes, en parcelas, en moteles, en ciudades donde los locales parecen estar de paso.

Cada cual enfrenta como puede el deseo de recuperar las oportunidades perdidas. También echamos de menos lo que nunca fuimos. Abundan las personas que terminan convertidas en algo insospechado o muy distinto de lo que pronosticaron. Sacamos cálculos sin percatarnos que la vida obedece a unas matemáticas fortuitas.

Yo soñé con el nomadismo del documentalista en paisajes extremos antes de despertar al sedentarismo del ensayista cuya máxima aventura consiste en no corchetearse un dedo. Alguien podrá decir que reinventarse es una cura transitoria al *shock* de lo finito: la vida es corta, pasa demasiado rápido; el rango de las experiencias a nuestra disposición, por mucho que arranquemos del pasado cada tanto y lo hagamos en direcciones imprevistas, es siempre muy limitado.

Me imagino, sin saber nada, que los renacidos se mueven entre dos extremos cuando les llega el momento de contar quiénes son o quiénes fueron. Unos se atrincheran en el silencio, un silencio erizado, y nadie los saca de ahí. Otros se largan a ficcionar sobre sus vidas. De repente descubren el placer de cultivar una memoria artificiosa y burlar el mandato de los hechos.

Respondemos al mundo con historias que les contamos a los demás y también a nosotros mismos, en monólogos despelotados que siguen extraños derroteros. Esas historias nos mantienen con vida en medio de la desgracia y nos conducen a la ruina aunque todo resplandezca alrededor. Definen los contornos de nuestra memoria y de nuestra imaginación. Escucharlas y elaborarlas enseña que el lenguaje habla en nombre de lo ausente, y en ocasiones hasta de lo inexistente, que se vuelve posible a partir de ese instante.

En cuarto medio me dieron a leer *A puerta cerrada*, la obra teatral de Sartre estrenada en plena ocupación nazi. Me impresionó, quizá porque todavía era impresionable. *A puerta cerrada* está al servicio de la filosofía, aportándole esta tesis tremebunda, que me ha parecido plausible en ciertas épocas: el infierno son los otros.

Tres personajes, dos mujeres y un hombre encerrados en una habitación muy calurosa, sin ventanas ni espejos, decorada con muebles estilo Segundo Imperio. Solo pueden verse reflejados en la pupila de los otros, deformados. La luz nunca se apaga. No existe la evasión del sueño. La vigilia es permanente. Ni siquiera parpadean, únicamente les queda taparse la cara con las manos y comprobar que incluso el llanto les ha sido negado. En

vez de la tortura física, hay padecimiento mental, la nula capacidad de hacerse compañía, de dar y recibir, de unir fuerzas. Cada uno es el verdugo de los otros. Esa eternidad deja lugar a la memoria de los personajes, que siempre pueden trucar el pasado; recuerdan sin remordimientos los motivos de su condena.

Después de leer la obra de Sartre, con algunos amigos nos propusimos elegir elencos infernales. Pero también hicimos el ejercicio inverso: seleccionar a las personas que preferiríamos como acompañantes. A mí me pareció que lo mejor era rodearse de desconocidos. Imaginé que de esa forma la eternidad resultaría más llevadera, por lo menos al principio. Tras una vida de mutua ignorancia, habría más historias que contar para ponerse al día, y el narrador, un extraño aparecido de la nada, podría componerlas reescribiendo el libreto de la memoria y haciendo de la inventiva un acto de fidelidad al pasado.